

El Payaso



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 114117. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

El Payaso

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I LAS PROFECÍAS

En la hermosa ciudad de Viña del Mar, durante los tiempos en que gobernaba el rey Perico en un país que no recuerdo, sucedió algo digno de contar.

En aquella época era yo un niño y no he olvidado lo que vi y escuché.

¿Han oído comentar el milagro de San Genaro? Este santo es patrono de Nápoles y en la Catedral de esa ciudad se guarda la sangre que perteneció al mártir cristiano. Todos los años, en una fecha señalada, los napolitanos rezan para que la sangre que está seca dentro de una ampolla de cristal, se licue y después de muchas oraciones se transforma en sangre líquida. Es un milagro y los habitantes celebran

con gran entusiasmo este hecho porque significa bienestar y felicidad para la ciudad de Nápoles.

Si la sangre seca no se convierte en sangre líquida, los napolitanos quedan tristes. El milagro no ha ocurrido y se pronostican malas cosas para el futuro. Vendrán pestes, terremotos y otras calamidades.

Un hecho similar ocurrió en Viña del Mar pero fue un fenómeno mágico y no religioso, como la sangre de San Genaro.

En la avenida Limache esquina de la calle Cancha, existía una antigua casa que estaba abandonada. Ésta había sido utilizada años atrás, como una pastelería o algo parecido.

La vieja casa que ocupaba esa esquina tenía en su fachada un balcón en el segundo piso. Detrás del balcón había una gran ventana con dos grandes postigos de madera.

La casa estaba deshabitada, con todas sus puertas y ventanas

herméticamente cerradas; hasta que un día sucedió algo extraordinario que llamó mucho la atención a los vecinos y posteriormente a todos los habitantes de la ciudad.

Los postigos de la ventana del balcón del segundo piso se abrieron bruscamente y ¡apareció un payaso!

Sucedió esto en el mes de Abril, cuando las hojas de los árboles estaban teñidas de hermosos colores rojos y amarillos.

El payaso comenzó a gritar, a reír y a llamar la atención, invitando a la gente a grandes voces para que presenciaran su actuación. Luego inició varios actos de malabarismo, como aquellos que se hacen en los circos.

Lanzaba pelotas al aire, palitroques y platos que los mantenía sobre su cabeza sin que se cayesen al suelo. Después tocó diferentes instrumentos musicales y era muy hábil para ello a pesar de que cambiaba de instrumentos con rapidez.



La gente se entusiasmó con este espectáculo gratuito y de muy buena calidad. Todos los días al atardecer, cientos de personas se agrupaban alrededor de la vieja casa, para divertirse. Pero después de dos semanas el payaso no apareció y la gente, después de comentar este raro espectáculo durante algún tiempo, terminó por olvidarlo.

Antes de esto, la prensa hizo algunos comentarios: ¿Quién era ese extraño personaje? ¿Un reclamo comercial? ¿O un loco? ¿Acaso un viejo saltimbanqui jubilado que tuvo la buena idea de entretener nuevamente al público en forma gratuita?

No hubo explicación para este fenómeno, hasta que un año después, nuevamente apareció el misterioso personaje. Esta vez su actuación fue muy breve porque duró sólo un día. Estaba vestido de negro, con grandes lunares plateados y se le veía muy triste. Con un violín tocó una cadenciosa melodía y desapareció.

La gente quedó disconforme. Algunos aplaudieron para que

saliera otra vez, otros silbaron enojados y no faltaron algunos exaltados que lanzaron piedras que rebotaron en los postigos de madera, pero éstos no se volvieron a abrir.

Ese año, en pleno invierno, un temporal hizo estragos en el litoral. Olas gigantescas y un viento huracanado causaron gran daño. Cayeron a tierra postes de alumbrado y letreros comerciales. Algunas planchas de cinc de los techos de algunas casas volaron como hojas secas. Se hundieron varias embarcaciones en la bahía de Valparaíso y el dique flotante se volcó.

¡El payaso! -comentó una vieja-. Recuerdo que apareció triste y vestido de negro. Él nos anunció esta catástrofe y no le entendimos su mensaje.

Dos años después el payaso apareció en el balcón; esta vez pleno de colorido y felicidad. Entretuvo a grandes y a chicos con sus juegos, risas y tocó diferentes instrumentos musicales, y al tercer día,

después de lanzar una contagiosa carcajada, cerró los postigos bruscamente y no volvió a aparecer.

La gente alborozada lo recordó con cariño esta vez. Ese verano las cosechas de fruta fueron buenas y la pesca abundante. El turismo llenó de vida a las playas y calles de la ciudad y llegó dinero en gran cantidad.

Se fueron los veraneantes y los habitantes de Viña del Mar se preguntaban si saldría el payaso en el otoño y cuál iba a ser su ánimo; si alegre o triste, porque ya asociaban la actuación de este personaje con el futuro de la ciudad.

El payaso no apareció ese año sino dos años después; siempre alegre, lleno de vida, atractivo y vestido con estridente colorido.

¡Alegría! Exclamaron todos y así fue. Alegría, progreso y felicidad.

Al año siguiente apareció vestido de morado y llorando. Sus

labios teñidos de amarillo temblaban y corrían gruesas lágrimas por sus ojos pintarrajeados. La gente quedó temerosa. Pocos meses después sobrevino un terrible terremoto con todas sus devastadoras consecuencias. Los perros aullaron. Después se oyó un ruido sordo que se acompañó de el desmoronamiento de las murallas, roturas de vidrios y gritos de pánico. Apareció una gran nube de polvo, luego vino la oscuridad.

Los que pudieron alcanzar las calles, se quedaron allí temerosos, decididos a pasar la noche a la intemperie. Las Fuerzas Armadas tomaron el control. Los bomberos trabajaron toda la noche apagando incendios y removiendo escombros. Los hospitales estaban repletos de heridos.

Había una familia en el barrio de Chorrillos que pasó la noche en la calle, igual que muchas otras. Hicieron una fogata y se acostaron alrededor de ella, cubriéndose con frazadas. Los niños, Alfredina y su

hermanito Nicolás, dormían al lado de sus padres y su abuela.

A pesar del miedo reinante, Alfredina soñó cosas hermosas. La calle estaba iluminada por el Sol del atardecer y llena de gente alegre que reía ante la actuación del payaso asomado en el balcón. De pronto el payaso interrumpía sus juegos y señalando a la niña con un dedo la invitaba a entrar a la vieja casa solitaria ¡Ven! -le gritaba- ¡Ven a visitar mi mundo mágico!

La niña despertó sobresaltada. Sus familiares dormían a pesar de que aún la tierra temblaba levemente.

-¡Nicolás!, despierta -le susurró su hermanita.

-¿Qué sucede? -preguntó el niño, soñoliento.

-¡El payaso!

-¿Qué payaso?

El payaso de la casa, allá en la esquina. He soñado con él y nos invita a visitar su mundo mágico.

-Acompáñame. Diciendo esto Alfredina se levantó y tomando de la mano a Nicolás se encaminaron a la casa esquina, la cual estaba muy cerca de donde dormían. El reloj de la iglesia dio cuatro campanadas.

Amanecía y la tenue luz de la aurora alumbraba las polvorientas paredes de la vieja casa. Ésta no había sufrido mucho por el terremoto. Solamente una de las puertas estaba entreabierta, porque las bisagras se habían roto.

Alfredina y su hermano entraron por la rendija con gran temor y sigilo.

Adentro todo era oscuro. Las habitaciones estaban vacías. Pronto se acostumbraron a la oscuridad y recorrieron los aposentos solitarios hasta que llegaron a un patio situado detrás de la casa. Éste se comunicaba con un jardín que parecía abandonado. El jardín era más grande de lo que ellos habían apreciado en un comienzo.

Caminaron por un sendero rodeado de prados con lindas flores. Pronto el jardín se convirtió en un inmenso parque.

El Sol había salido sobre las montañas y brillaba suavemente reconfortando a los niños. Se respiraba un aire puro mezclado con el aroma de las flores.

Capítulo II

LA CASA DEL MONICACO

Después de caminar un buen rato por el parque llegaron a un lugar donde había una pequeña y atractiva casa de espejos que reflejaban el sol matinal.

Parecía un pequeño quiosco o una casa de títeres ya que tenía una sola ventana. De ella se asomaba un raro personaje.

-¡Buenos días! -saludó sonriente desde lejos.

Los niños se aproximaron a la casita, llenos de curiosidad. El brillo de los espejos era fascinante.

-Buenos días -respondieron tímidamente.

-¿Qué los trae por aquí? -dijo el de la ventana.

-Buscamos a un payaso.

-¡Ah! Un payaso. Yo soy un payaso. Soy cualquier cosa que ustedes deseen. Puedo transformarme en un monicaco ¿no es así?

En efecto, el raro personaje después de decir esa frase, se había agachado desapareciendo de la ventana y luego había emergido cubierto con una tela de seda negra pegada al cuerpo. De su cabeza salían dos cachos hechos con la misma tela y sus puntas terminaban en dos grandes cascabeles de metal dorado.

La cara del monicaco estaba blanca como si la hubieran empolvado con harina. Su nariz aguileña y afilada, sus labios rojos y delgados y sus ojos negros le daban un aspecto atractivo y misterioso.

-¡Qué elegante traje llevas! -dijo Alfredina.

-¿Cómo te lo pusiste tan rápido?

-Es muy fácil -respondió el monicaco-. Mi habilidad es grande. No tengo problemas para vestirme con ligereza.

-¿Eres un mago? Preguntó Nicolás.



-Yo soy todo lo que tu puedas imaginar, respondió el monicaco.

-Tu cara está muy blanca, observó Alfredina ¿Podrías echarte un poco de colorete?

-¡Por supuesto mi niña! -replicó el monicaco y dio una voltereta.

Mírame ahora ¿Cómo está mi cara?

-Roja como una cereza -exclamó Nicolás.

-¿Y ahora? -preguntó el monicaco, dando otra voltereta.

-Verde.

-¿Y ahora?

-Azul.

El monicaco cambiaba de tonalidad en cada salto que daba, como si estuviera siendo iluminado por múltiples focos de diversos colores.

-¿Cómo lo haces? -preguntó Nicolás.

-Es muy fácil, dijo el monicaco-. Me divierto de esa manera. Hago todas las cosas al revés y eso me da un gran poder. Este mundo, para que exista, tiene que haber alguien que haga las cosas al revés. Para que haya día, tiene que haber noche. No hay belleza si no la comparas con las cosas feas. Yo prefiero las feas. No hay alegría sin tristeza, ni bondad sin maldad.

Yo soy lo negativo de este mundo. Me gusta portarme mal. Me divierto enormemente de esa manera.

-¿Acaso eres malo? -preguntó Alfredina con temor.

-Para decirte la verdad te diré que soy muy bueno y nunca miento -dijo el monicaco y luego largó una estridente carcajada.

-Este monicaco me da miedo susurró Alfredina.

Huyamos Nicolás de este lugar. No me gusta. Diciendo esto la niña tomó de la mano a su hermanito y se alejaron corriendo.

El flaco personaje les gritó que no se fueran y al constatar que no le obedecían desapareció bruscamente de la ventana y luego se asomó con una copa de oro rebosante de vino rojo.

¡Vengan niños! ¡A beber! ¿No tienen sed? ¡El Sol quema y el viaje ha sido fatigoso!

Como los niños no le hacían caso, el monicaco sacó una bolsa y abriéndola presuroso desparramó sobre el suelo una gran cantidad de monedas de oro reluciente.

¡Tómenlas! ¡Llévense estas monedas de oro puro! ¡Las necesitarán en vuestro viaje! ¿Necesitan dinero? ¡Eh! ¡Tú niño! ¡Ven a recogerlas!

Pero Nicolás no obedeció y se aferró aún más a la mano de su hermanita.

Entonces el monicaco se puso furioso y sacando una corta espada de dos filos, la blandió en el aire y amenazó a los niños con ella.

Como esta amenaza no amedrentara a los pequeños tiró lejos la espada y cogiendo un grueso garrote hizo ademán de salirse de la casita sacando una pierna por la ventana.

Los niños, muy asustados, corrieron presurosos sin mirar hacia atrás hasta que, agotados por la carrera y el miedo, se sentaron bajo un gran árbol a descansar.

Como el monicaco no aparecía, lentamente se serenaron y empezaron a observar lo que había a su alrededor.

Capítulo III LOS ABUELOS

Estaban frente a un hermoso prado donde pastaban algunas ovejas. Cerca de allí había un sendero que serpenteaba por entre arbustos y grandes peñas.

Decidieron continuar por ese sendero y llegaron a un bosquecillo de árboles frondosos que rodeaban una casa.

Esta casa no se veía tan pequeña como la anterior. Era de un piso. Tenía una chimenea y estaba construida con ladrillos rojos. Dos grandes ventanales adornaban a cada lado la puerta de entrada.

Los niños se aproximaron a una de estas grandes ventanas y miraron hacia el interior. Divisaron a un anciano que estaba sentado en un sillón. Tenía un viejo chaleco de lana y calzaba unas cómodas pantuflas.

En esos momentos leía el periódico y en la alfombra dormía un perro.

El perro despertó y se puso a ladrar.

-¡Cállate Pitoco! -que no oigo lo que me dice la abuela desde la cocina -lo amonestó el viejo.

-¿Qué me dices mujer? -preguntó el abuelo en voz alta.

-¡Qué los tienes puestos!

-¿Qué cosa tengo puesto?

-¡Los anteojos!

-¿Por qué me dices eso?

-¿No me preguntabas si había visto tus anteojos?

-¡Ah! -sí. Es verdad. Lo había olvidado -murmuró el abuelo.

No me había dado cuenta de que los tenía puestos y los andaba buscando para leer el diario.

El pequeño perro seguía ladrando y salió fuera de la casa.

Los niños estaban asustados y se refugiaron detrás del tronco de un árbol vecino a la casa.

La abuela se asomó y desde el umbral de la puerta gritó ¿Quién anda por ahí?

-Somos nosotros -respondieron los niños.

-¡Pitoco no ladres más!

-Díganme niños ¿Qué andan haciendo por estos lugares?

-Hemos llegado hasta aquí buscando un payaso -contestaron los niños. ¿Sabe usted dónde encontrarlo?

-¿Un payaso? -se preguntó la abuela.

-Bueno, tenemos tiempo para conversar de ello. ¡Vengan! Adelante. Recién he hecho unas ricas galletas y deseo que las prueben.

El perrito había terminado de ladrar y ahora saltaba alegre frente a los niños y ponía sus dos patitas en el vestido de Alfredina.

-¡No saltes Pitoco! Que vas a manchar el vestido de la niña -lo amonestó la abuela.

Entraron adonde estaba el viejo, el cual, sin levantarse, los observó mirando por encima de sus gafas y con el periódico en la falda.

-Buenos días -saludó Alfredina.

-Buenos días niñitos -saludó bondadosamente el abuelo ¿les gustan las galletas?

-Sí -mucho -dijo Nicolás.

-Qué bien.

-¡Abuela! ¡Tráeme galletas a mí también! -gritó el abuelo.

-Me gustan las galletas que hace la abuela.

Un exquisito olor a galletas recién hechas venía de la cocina donde estaba la abuela y minutos después entró la anciana con una bandeja llena de ellas.

-No se vayan a quemar -advirtió. Están calientes aún.

El abuelo cogió una pero dio un respingo y tuvo que soltarla porque se había quemado los dedos. Esto hizo reír a los niños y la abuela también rió al ver a su querido esposo tan goloso.

El abuelo les preguntó a los niños si alguna vez habían viajado en el tren shu, shu talán talán, huiioo huiii.

-¿Qué es eso? -dijeron los niños, extrañados.

-¡Ah! ¡La juventud de hoy! -se quejó el abuelo- no sabe lo hermoso que era viajar en tren con locomotora a vapor.

Cuando yo era joven e iba a visitar a la abuela a su pueblo, viajaba en tren.

La abuela me esperaba en la estación. Se veía delgada, hermosa con su cabellera de color castaño y su sombrero con flores. Pareciera que la estoy viendo.

Se oía un pitazo ¡Huiio huiiiio! y la locomotora entraba

triunfante a la estación.

¡Tatá, tatá! ¡Tatá, tatá, haciendo el ruido de las ruedas en los rieles llegaba a la estación, resoplando con grandes humos de vapor: Shu shu, shu shu y tocaba la campana: ¡Talán, talán! ¡Talán, talán! Luego frenaba y se quejaba ¡Shiiiiiiiiioooooo!

Yo, asomado por la ventana, le hacía señas antes de bajarme.

-¿Y cuando usted se bajaba, le daba un beso a la abuela? - preguntó Alfredina.

-No. En esa época los jóvenes no se daban besos en público.

Luego el inspector tocaba un pito y el maquinista respondía con un pitazo de la locomotora y partía el tren saliendo de la estación lentamente. Chirriaban las ruedas y se oía el ¡Shu! - ¡Shu! - ¡Shu! De la locomotora. Shushushu Shu - Shu - Shu.

-¿Por qué de repente la locomotora hacía shu shu shu tan rápido? -preguntó Nicolás.

-Porque se resbalaban las ruedas al hacer tanta fuerza -
respondió el abuelo.

Me habría gustado viajar en esos trenes- comentó el niño.

He tenido noticias -dijo el abuelo- que mañana pasará por aquí
el tren Shu shu talán talán huiooo huiiii. Si ustedes desean podríamos
viajar en él.

-¡Sí! -dijeron entusiasmados los niños y se pusieron a saltar de
alegría.

-¡Calma! ¡Calma! -dijo la abuela. No más ruidos raros de talán
shu shu y vengan a almorzar que está servida la sopa. Dime abuelo ¿de
dónde sacaste esa idea que iba a pasar ese tren por aquí?

-Acabo de leerlo en el diario -respondió el abuelo. Si tú me
traes el diario te puedo mostrar la noticia.

-No hay necesidad que te lo traiga -respondió la abuela-
porque lo tienes sobre tus piernas.



-¡Ah! Es verdad dijo el abuelo. Se me había olvidado.

-¿Y los anteojos?

-Los tienes en la frente.

-Bueno -rezongó el abuelo. No me reprendas. Con la edad me he puesto un poco olvidadizo. En fin. ¿De qué estábamos hablando?

-Del tren ¡Shu Shu Talán Talán! -dijeron los niños con entusiasmo.

-¡Ah! -Sí. Abuela ¿por qué no traes más galletas para celebrar la llegada de los niños y la noticia del tren?

-No hay más galletas. Respondió la abuela. La sopa se enfría.

-¿A dónde iremos? -preguntó Alfredina.

-Iremos de paseo al "Gran Zoológico de Dios" -dijo el abuelo.

-¡Ah! -¡ese lugar es muy bonito! Exclamó la abuela. Allí están todos los animales del mundo reunidos en plena paz y armonía.

¡Es maravilloso!

-Bien -dijo el abuelo. Quédense con nosotros hoy, y mañana iremos a la estación.

Los abuelos y los niños se sentaron en la mesa del comedor y la abuela les sirvió una exquisita sopa. Posteriormente, un guiso con papas y verduras y luego un postre de frambuesas con crema. Éstas habían sido sacadas por el abuelo, del huerto que estaba detrás de la casa.

Los niños estuvieron jugando durante el día en la casa de los abuelos y al atardecer la abuela los bañó en una tina de madera y después los acostó en una cama en un dormitorio contiguo a ellos.

Reinaba la paz y la felicidad en ese hogar.

Un reloj cucú anunciaba las medias horas y las horas.

La abuela tejía frente a la chimenea y el abuelo leía un libro.

Más tarde los dos viejos se fueron a acostar.

La noche estaba clara y silenciosa. En la casa se oían los

ronquidos del abuelo y las campanadas del reloj que anunciaba las horas. En esos instantes Alfredina soñó que la locomotora estaba entrando a la estación: Shu Shu Shu Shu Talán Talán...

Capítulo IV EL GRAN ZOOLOGICO DE DIOS

*A*l día siguiente, a las once de la mañana, la abuela acompañó al abuelo y a los niños a la estación para que tomaran el tren que los iba a llevar al zoológico.

Después de algunos minutos de espera el tren anunció su llegada con un pitazo y tocó la campana en forma similar a como el abuelo había imitado la noche anterior. Después de detenerse, la locomotora empezó a resoplar y a lanzar chorros de vapor cerca de las ruedas delanteras.

Los niños subieron al coche de pasajeros y el abuelo se despidió de la abuela. Ella les había traído un canasto con alimentos y bebidas para el viaje.

Se oyó un pitazo del jefe de estación y luego otro de la locomotora como respuesta y el tren se puso en movimiento. En un principio muy lentamente y luego cada vez a mayor velocidad.

Tatá Tatá. Tatá Tatá, pasaban las ruedas por la unión de los rieles. Huioooo Uiiiiiiiiiii piteaba la locomotora echando humo negro por la chimenea y vapor blanco por los émbolos de las ruedas. Shu Shu Shu - Shu Shu Shu Shu ¡Huiiiiiio Huiiiiiio! Tatá - Tatá. Tatá Tatá. Tatá Tatá. Tatá Tatá.

Los niños iban felices mirando el paisaje por la ventana. El abuelo leía el diario y recordaba tiempos pasados.

Después de un largo trayecto el tren se detuvo en la estación "El Zoológico de Dios". Alfredina alcanzó a leer este nombre en un letrero que estaba próximo al andén.

Los niños se bajaron alborozados y el abuelo llamó a un coche con caballos que estaba estacionado cerca de allí para que los llevara

al zoológico. El carruaje era tirado por dos hermosos caballos blancos y el cochero, de raza negra, vestía una levita roja, calzaba botas de montar y llevaba puesto un elegante sombrero de copa.

A su lado, tenía de ayudante a un pequeño mono que se paseaba inquieto por el asiento y de vez en cuando saltaba a la grupa de uno de los caballos.

Los niños estaban muy felices al viajar en un coche tan original y sentados al lado del abuelo disfrutaban a más no poder de esta visita al jardín zoológico.

El coche se alejó de la estación al son de numerosos cascabeles que colgaban del arnés de los caballos y sonaban alegres al compás del trote de los dos animales.

El cochero negro los llevó por un bellissimo camino que atravesaba un valle rodeado por una montaña. Luego se introdujeron por un bosque de almendros que estaban en floración.



El camino terminaba en un claro del bosque. El carruaje se detuvo y el cochero explicó que hasta allí llegaba él.

El abuelo y los niños se bajaron y después de despedirse, se internaron en el bosquecillo de almendros.

Corría una suave brisa y algunos pétalos de las blancas flores, al desprenderse, caían al suelo dando la impresión que eran copos de nieve.

De la espesura apareció una hermosa gatita romana con una cinta azul en el cuello. La gatita maulló y se aproximó a los niños.

-Es lindo este bosque ¿verdad? -dijo la gatita.

Los niños quedaron asombrados al oír que la minina hablaba.

-No se extrañen ustedes -dijo la gatita- aquí en el zoológico de Dios podrán entender el lenguaje de los animales y aún más, verán que todas las especies que habitamos en este mágico mundo, no nos hacemos daño porque no hay necesidad de ello. Vivimos en medio de

una gran paz y felicidad.

-¿Acaso estamos en el Paraíso? -preguntó Nicolás.

-Piensa lo que quieras, respondió la gatita y dando media vuelta los invitó a que la siguieran. Ella los iba a guiar al lago de las aves acuáticas.

Los niños y el abuelo siguieron a la minina por un angosto sendero entre los almendros y llegaron a la orilla de un inmenso lago. Allí nadaban y volaban aves de todas las clases. Podríamos decir que estaban todas las especies del mundo y era imposible contarlas a pesar de que solamente había un par de cada especie.

En la orilla estaban metidas con sus largas patas en el agua, las aves zancudas y las pertenecientes a otras especies. Había flamencos, garzas, grullas y muchas otras.

Los niños divisaron un hermoso bote que flotaba en la orilla de la playa y corrieron hacia él. El abuelo los siguió y los ayudó a subirse

a la embarcación.

El bote no tenía remos. En el centro de él había una caja metálica similar a un pequeño organillo. Una manivela salía del costado. A Alfredina se le ocurrió dar vueltas a la manivela, como si estuviera dándole cuerda a un gramófono, y entonces la máquina empezó a funcionar. Se oyó una hermosa melodía, como si el bote entero fuera una gran caja de música.

La embarcación se alejó lentamente de la orilla y se puso a navegar por las tranquilas aguas del lago. Era mediodía. Numerosas aves acuáticas, atraídas por la música, llegaron cerca del bote y nadaron alrededor de él, escoltándolo.

Cientos de patos, cisnes, gansos y otras aves de variados tamaños y brillantes colores, nadaban junto a la embarcación. Los niños estaban fascinados al presenciar tanta belleza.

Así atravesaron el lago y llegaron a la otra orilla que estaba

cubierta de pasto. Se bajaron del bote y se pusieron a caminar por una extensa pradera donde había una gran variedad de toda clase de animales salvajes. Muchas especies que habitualmente eran enemigas entre sí y se comían unas a otras, aquí andaban juntas sin hacerse daño. Los niños divisaron cómo los leones y los tigres se paseaban junto a las cabras y venados. Las serpientes venenosas de intensos colores reptaban junto a frágiles pajarillos sin hacerles daño alguno.

En el cielo se veían voraces aves de rapiña que volaban en compañía de palomas y otras aves más pequeñas.

Todo era belleza y armonía en esa pradera inmensa que limitaba con el horizonte y en parte estaba circundada por extensos bosques donde también habitaban incontables especies de animales de todos los tipos que ustedes puedan imaginar.

Abundaban las aves de múltiples colores, reptiles, monos, paquidermos, felinos, etc.



Más allá, el mar llegaba a ese mágico mundo y de lejos se divisaban grandes cetáceos y peces gigantes que emergían con sus aletas fuera del agua.

-¡Esto es un sueño! -gritaba Alfredina. Nunca me había imaginado que hubiera tanta cantidad de animales diferentes ¡y tantos!

-Este es el zoológico más grande que existe en el Universo -dijo el abuelo- aquí está representada cada especie de todos los animales que Dios ha creado. Sólo han visto una pequeña parte de él. Todo ello es un verdadero himno a la alegría y acción de gracias al Creador.

Nicolás y Alfredina estuvieron paseando gran parte del día por el Gran Zoológico de Dios, admirando a cada animal que pasaba junto a ellos. Su colorido, su forma, los gráciles movimientos que hacía y los sonidos que emitía como lenguaje, eran dignos de el más fino

entretenimiento.

En ese lugar, los animales se dejaban acariciar por los niños sin temor alguno.

Capítulo V EL CIRCO

A tardecía, cuando los niños, agotados por tantas emociones, divisaron un circo que se había instalado cerca de la playa.

El Sol se estaba escondiendo en el horizonte y el viento soplaba fuerte. Los tres visitantes decidieron asistir a la función y entraron por la puerta principal.

Con asombro pudieron constatar que todas las bancas estaban ocupadas con animales, los cuales chillaban a más no poder. Había perros de diferentes razas, monos, focas, aves, etc.

A la pista entró un empresario que anunció a los trapecistas. Éstos iban a efectuar su trabajo sin la red de protección.

Aparecieron los trapecistas, treparon ágilmente por las cuerdas y empezaron a columpiarse a gran altura, efectuando piruetas,

saltos mortales y otras cabriolas, con una precisión y maestría asombrosa. Los trapecistas eran cinco monos arañas que volaban por los aires. Además de sostenerse con las manos y los pies, se columpiaban con la cola haciendo muy entretenida toda la escena. El público chillaba de alegría y los trapecistas también.

Después de un buen rato de brincos y saltos el empresario tocó un pito y los monos bajaron de las alturas y se retiraron en medio de los gritos, aullidos y ladridos de aprobación del público presente.

Los niños estaba felices y quisieron agradecerle al abuelo por haberlos traído a este espectáculo tan gracioso, pero el anciano había desaparecido. A continuación vino un silencio expectante y apareció en escena ¿saben quién?

¡El payaso! El mismo payaso que aparecía en el balcón de la casa solitaria en Viña del Mar.

¡Qué emoción! Su rostro pintarrajeado parecía sonreír

mediante una enorme mueca.

Después de anunciarse con una carcajada, empezó a tocar una trompeta. Tocó una alegre melodía. Luego habló en voz alta y dijo:

-¡Respetable público!

-¿Saben ustedes quién soy yo?

El público respondió con ensordecedores chillidos.

-¡Entonces, les diré quien soy!

A pesar de que el payaso en esos momentos les dirigía la palabra, el público, formado por los animales, no lo escuchaba y seguía aullando y parlotando. Esto enojó al payaso el cual dando una poderosa orden, gritó:

¡SILENCIO!...

Hubo un silencio absoluto.

Entonces el payaso pronunció las siguientes palabras:

-Yo soy un payaso. ¿Qué significa eso? ¿Acaso alguien lo

sabe? Payaso significa alegría. Risas. El sentido de lo grotesco y el ridículo, un poquito de escándalo. Pero también a veces tristeza del alma.

Para hacer reír, es necesario la sorpresa y el contraste, lo inesperado y absurdo.

Yo represento el comportamiento simple de un niño. Por eso los niños gozan con mi presencia y yo con ellos. Es una felicidad recíproca.

Por muchas razones conozco la vida más que otros seres humanos y trabajo divirtiéndolos a chicos y grandes. Mi interés es que los grandes se sientan nuevamente niños y los hago reír haciéndoles olvidar sus pesares y tristezas.

Cuando están alegres, aman la vida porque les regalo felicidad, aunque sea por un corto y mágico rato. Esa es mi gran satisfacción.

¡Es la gran satisfacción del rey de los payasos del mundo!

Pero eso no es todo. Además, se me ha concedido el honor de conocer el ir y el venir del tiempo. Porque los hechos que ocurren se repiten. Así puedo adivinar el futuro, conociendo el pasado.

Esa es la explicación al mostrarme a la gente. Si me ven alegre, ocurren cosas buenas, pero si me ven triste les anuncio que algo malo va a suceder.

¡Yo soy el payaso inmortal del pasado, del presente y del futuro!

Alfredina y Nicolás estaban mudos de emoción al escuchar las palabras de este misterioso personaje. Era el mismo que habían salido a buscar y ahora estaba allí frente a ellos.

De pronto el payaso se fijó en los niños y lentamente se acercó a donde estaban.

Capítulo VI EL REGRESO

Díganme ¿Por qué ustedes están aquí y no con sus padres?

-dijo en voz baja.

-Porque hubo un terremoto -balbuceó Nicolás.

-Y entramos a la casa donde tú apareciste agregó Alfredina.

-¡Ah! Sí. Me siento responsable. Los llevaré nuevamente a su hogar -respondió el payaso.

Salgan por esa puerta y diríjense hacia el mar. Divisarán unas dunas de arena. Allí nos juntaremos en un rato más, una vez que haya terminado mi actuación.

Ése es el camino más corto para llegar a la casa solitaria y no tendrán que pasar por el lugar donde vive el monicaco. ¡Es un personaje falso y mentiroso!

Alfredina y Nicolás, después de despedirse del payaso, se dirigieron hacia las dunas de arena.

El Sol ya había desaparecido y el cielo estaba iluminado con hermosas nubes rojas, naranjas y doradas.

Corría una fresca brisa y los niños se refugiaron en una excavación que había en la arena para protegerse del frío. Allí estuvieron un buen rato, cuando oyeron que alguien cantaba y venía hacia donde estaban ellos.

-¡Es el payaso! -balbuceó Nicolás-. Tengo miedo.

-No llores -lo consoló Alfredina-. El payaso es bueno y nos llevará a casa.

El payaso había dejado de cantar y se acercaba al lugar donde estaban los niños. Caminaba presuroso y hablaba para sí mismo ¿dónde estarán estos niños? ¿Habrán comprendido mis instrucciones? ¡No debí haberlos dejado solos!



-¡Aquí estamos payaso! -gritó Alfredina.

El payaso corrió feliz hacia ellos, los tomó de la mano y se fueron caminando muy alegres por las dunas.

Llegaron al jardín de la casa y el payaso se despidió de los niños.

-Tengo que regresar -les dijo. No me volverán a ver, pero recuérdeme con el mismo cariño con que yo los recordaré a ustedes.

Alfredina observaba sorprendida los ojos del payaso detrás del maquillaje. Ella había visto esos ojos bondadosos anteriormente.

-Sí -dijo el payaso- adivinando el pensamiento de la niña. El abuelo y el payaso son una misma persona.

Diciendo esto los besó en la frente y se fue caminando hasta desaparecer en el jardín.

Los niños se quedaron tristes porque se habían encariñado con este personaje.

Alfredina tomó de la mano a su hermanito y decidió entrar a la casa. Después de recorrer las habitaciones vacías del primer piso, encontraron la puerta por donde habían entrado.

La noche estaba clara y en la calle reposaba la gente. Era la misma escena, cuando Alfredina y Nicolás habían iniciado su gran aventura. Parecía que el tiempo se había detenido durante la ausencia de los niños.

En esos momentos el reloj de la iglesia daba cuatro campanadas.

Los niños se dirigieron silenciosamente hacia el grupo de su familia que dormía en la calle alrededor de la débil fogata; se introdujeron entre las frazadas junto a sus padres y se quedaron profundamente dormidos.

Pasaron los días y la vida en la ciudad de Viña del Mar poco a poco fue normalizándose.

Las viviendas deterioradas por el sismo se empezaron a reparar. Se repusieron los vidrios rotos y se taparon las grietas. Algunos edificios, que quedaron en muy mal estado, fueron demolidos; entre éstos, estaba la casa del payaso. Pocas semanas después la misteriosa casa había desaparecido y sólo quedó un sitio eriazo.

Alfredina y Nicolás, al pasar frente a ese lugar, no divisaron el jardín que estaba situado detrás de la casa; solamente se veían las murallas de las casas vecinas.

El payaso no volvió a aparecer en Viña del Mar.

Los niños crecieron hasta ser dos hermosos adolescentes. De vez en cuando comentaban la aventura que habían tenido. Sus amistades no les creían y se reían de ellos; entonces decidieron guardarla como un secreto. Quizás fue un lindo sueño.

Mis queridos lectores ¿alguna vez han tenido un sueño pleno

de felicidad? Un sueño en colores; de colores tan hermosos y atractivos como el ropaje del misterioso payaso de este cuento.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina